

camente adictos á su soberano. El general Bondochar estaba á su frente; mas Azeddin fué el primero de sus sultanes. Es imponderable lo que el santo rey tuvo que sufrir de su brutalidad, y mil veces se vió en peligro de ser su víctima. Uno de los emires, humeando todavía sus manos y espada con la sangre de su soberano, le habló y le dijo: «¿qué me darás por haber muerto á tu enemigo que te habria hecho morir si hubiese vivido?» Luis volvió la cabeza con indignación sin responderle palabra. Este furioso, levantando la espada, y pronto á descargar el golpe, le dijo: «hazme caballero; si no, te mato.» El rey respondió sin inmutarse, que jamás haria caballero á un infiel. Esta firmeza de alma desarmó á toda aquella gente desalmada; bajaron los ojos y la cabeza, y con los brazos cruzados encima del pecho, saludaron al rey á su modo, y le dijeron con respeto: «nada temais, señor, estais seguro (1).» Llegaron hasta tratar de hacerle sultan, y habria tenido efecto la resolución, á no haberse opuesto á ella los mas políticos de entre ellos, porque pensaron que todo debía temerse contra su religion de un príncipe tan piadoso como Luis. Se suscitó sin embargo un debate muy vivo sobre la forma de juramento que habia de emplearse en la confirmacion del tratado. Aquellos infieles, despues de haber hecho contra sí mismos sus imprecaciones ordinarias en caso de que contraviniesen á él, exigian que el santo rey jurase en los mismos términos tan poco conformes á la verdadera Religion. «¡No permita Dios, exclamó, que palabras tan execrables salgan jamás de mi boca!» A las amenazas mas terribles que pudieron hacerle, no respondió otra cosa, sino que harian de su cuerpo lo que les pareciese, pero que nada podrian sobre su alma que per-

(1) Joinv. Ducang. pag. 73.

tenencia á Dios. Joinville, no obstante, añade, que ignora si el juramento se hizo segun lo exigian los emires. Los prelados mas ilustrados habian asegurado al rey, que teniendo intencion de cumplir sus promesas, podia sin escrúpulo enunciarlas en los términos que deseaban. Cuando se trató de entregar á los infieles el dinero que se les habia prometido, se equivocaron en diez mil libras. Algunos señores participaron al rey este error como una cosa digna de aplaudirse, ó á lo menos como un objeto de burla; pero él la tomó de un modo bien diferente, y quiso que se les llevase aquella cantidad.

No fueron ni con mucho tan fieles á sus propios empeños los sarracenos. En Damietta degollaron á todos los enfermos cristianos y quemaron ó robaron todos sus efectos; tan solo devolvieron cuatrocientos prisioneros de mas de doce mil que habia; se esforzaron con el puñal en la mano por hacer apóstatas á muchos, y martirizaron á una multitud. La mala fé de estos infieles fué causa de que no volviese Luis á Francia tan pronto como habia resuelto: á fin de redimir á lo menos á los cautivos que pudiera y de preservar las cosas de Tierra Santa de una completa ruina, se contentó con enviar sus dos hermanos para consuelo de la reina madre y del reino, y se dirigió á Ptolemaida. Enviaronle entonces los musulmanes de Egipto nuevas tropas de prisioneros, pero aun fué mucho mayor el número de los que rescató con su propio bolsillo, y hasta seiscientos ó setecientos de una vez (1). No gozó de reposo en tanto que no logró sacar de Egipto todos los cautivos hechos en el espacio de veinte años. En Palestina reparó á sus espensas y puso en estado de defensa todas las plazas que restaban á los cristianos en esta provincia; y eran Ptolemaida,

(1) Joinv. p. 88; Duc. pag. 404.

el castillo de Hiffe, Cesaréa, Joppe y Sidon. Mas antes que esta última ciudad se hallara á cubierto de los insultos, los sarracenos vecinos acometieron á los fieles y mataron cerca de tres mil, quienes permanecieron tres ó cuatro dias sin sepultura. Acudió allá el santo monarca para honrarlos como á mártires, y mostró muchas veces envidiar su suerte. Trabajó por sí mismo en reunir estos cuerpos y meterlos dentro de unos sacos para trasportarlos, haciendo él todo esto en ayunas en testimonio del respeto que les profesaba. Durante el espacio de cinco dias que fué preciso emplear en un trabajo tan fatigoso, no dió la menor señal de disgusto; parecia insensible al hedor que los mozos y aun los pobres, atraidos á fuerza de dinero, soportaban con extrema repugnancia (1).

En Ptolemaida recibió embajadores del príncipe de los bathenienses ó asesinos establecidos en las montañas de los confines de Persia y llamado vulgarmente el Viejo de la Montaña. Apenas hubo llegado á sus oídos en el año 1256 que el santo rey se habia cruzado, cuando este déspota absoluto, terror de todas las testas coronadas, á quienes hacia temblar en sus propios tronos, envió á Francia dos de sus ciegos emisarios á fin de coserle á puñaladas en medio de su córte (2). Pero muy luego, mejor informado de las recursos del reino y de las grandes cualidades del monarca, despachó dos nuevos esclavos para advertirle se precaviera de los primeros (3). Los que llegaron á Ptolemaida, principiaron preguntando con altivez á Luis, si conocia á su soberano. «Tengo alguna especie, dijo con aire de indiferencia, de haber oido hablar de él.»

(1) Joinv. p. 108.

(2) Id. pag. 83; Duch. tom. 5, pag. 332; Nong. Chron. ann. 1236.

(3) Laches. lib. 4, núm. 20.

(1) Joinv. p. 87.
B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO III.

«No sabemos por qué, replicaron, no le habeis enviado todavía presentes, á ejemplo del emperador de Alemania y de todos los soberanos, cuya vida está en su mano, y él os advierte que no lo dilateis por mas tiempo.» El rey volvió la espalda á estos ministros desvergonzados, y les mandó decir, que á no ser por los respetos que exigia su carácter de embajadores, serian arrojados al mar; que procuraran retirarse cuanto antes, pero que dentro de quince dias volviesen ellos mismos á dar satisfaccion en nombre de su amo (1). Esta magnanimidad sin ejemplo desconcertó toda la audacia del Viejo de la Montaña. Antes de concluirse los quince dias, se vió comparecer á sus diputados en ademán de suplicantes y cargados de regalos que él mismo enviaba, entre otros, de una camisa y de un anillo de oro, en señal de la estrecha union que deseaba contraer con el rey. Entonces volvió á enviarlos con los dones que el rey hizo á su señor, los cuales consistian en túnicas de escarlata y en vajillas de plata. Luis, no respirando en todas las cosas mas que el bien de la Religion, quiso ganar á este mahometano formidable, al cual diputó un religioso llamado Ivo el Breton, para dársela á conocer; mas los ojos de este viejo malvado rehusaron abrirse á una luz tan pura. Poco tiempo despues fué destruida por el Gran Kan-Mangou esta detestable guarida de asesinos.

Desde Cesarea, que estaba fortificando, escribió San Luis á la reina su madre, á sus hermanos y súbditos, pidiéndoles un socorro, no solo de hombres y dinero, sino tambien de viveres y provisiones: tan destruida habian dejado aquella desgraciada provincia las continuas desolaciones de la Palestina. Al recibir estas cartas, reunió Blanca toda la nobleza del reino, que se

quejó amargamente de la guerra que el Papa, decían, sin consideración á los intereses de los cristianos de Levante, suscitaba nuevamente en el seno de la cristiandad. Había muerto el emperador Federico el 13 de diciembre de 1250 en la Pulla, en donde el desórden de sus asuntos le había obligado á refugiarse. Cargó á los pueblos de aquella provincia con la imposición mas exorbitante que jamás se había visto, y mandó pagarla en un tiempo fijo y muy reducido, bajo pena de galeras. A pesar de estas ya últimas acciones tan poco convenientes á un emperador cristiano, no dejó de dar muestras de penitencia. Murió despues de haberse confesado y sido absuelto de sus pecados por el arzobispo de Palermo, y reconciliado de corazón con sus enemigos, disponiendo en su testamento se distribuyesen grandes sumas en limosnas y dejando á la equidad de la Iglesia el cuidado de indemnizarse de las pérdidas é injusticias que la había causado. Otros, por el contrario, han pretendido que dejándose llevar de las mas violentas resoluciones contra sus súbditos de Italia que le abandonaban, había llamado allí á los sarracenos para que ejecutasen el proyecto que tenia de saquearla; que hallándose en esta disposición cayó enfermo en Fiorenzuela, pequeña ciudad de la Pulla; y por último, que se le halló muerto en su cama, donde había sido ahogado bajo una almohada, ó envenenado por Mainfredo, uno de sus hijos naturales (1).

El Papa, luego que supo la muerte de este formidable adversario, no tardó en volver á Italia, despues de haber reiterado la excomunión contra la memoria de Federico y contra su hijo Conrado, que sin la aprobación de la Santa Sede se atribuía tanto el imperio como el reino de Sicilia. Con todo, por orden expresa del Pontífice se predicó

(1) *Hist. de l'Egl. gall.* t. 1. 325.

hasta en Francia la cruzada contra Conrado, con una indulgencia mayor que para Tierra Santa; pues dice Mateo Paris (1) se extendía al padre y á la madre del cruzado. La reina Blanca, que había tenido la generosidad de ofrecer á Inocencio, cuando estaba para volver á entrar en Italia, cuanto dependiera de ella y de su reino, se dió por ofendida de esta multiplicación de cruzadas, cuyo inevitable resultado era debilitar aquella en que el rey su hijo se sacrificaba por la fé. La regenta y los señores tomaron el partido de apoderarse de las posesiones de los nuevos cruzados, y así desbarataron la empresa, al menos si hemos de estar al testimonio muy sospechoso de Paris.

Tal mezcla de armamentos y de piedad produjo sucesos mucho mas peligrosos. Un viejo apóstata del orden del Cister, llamado Jacobo, alma, segun se dice, de aquella cruzada de jóvenes alemanes y húngaros que se había formado cuarenta años antes, se metió á profeta á causa del cautiverio de San Luis (2). Decía que los ángeles y la Madre de Dios le habían mandado predicar la cruzada, pero solo á la gente sencilla y en particular á los pastores, de donde los que le seguían tomaron el nombre de pastores. Tenía una mano siempre cerrada, en la cual suponía que guardaba la orden por escrito que le había dado la Santísima Virgen. A la gente simple del campo que dejaron sus arados y sus rebaños para seguirle, se reunieron muy pronto desterrados, excomulgados, salteadores y ladrones; por fin todos aquellos, llamados segun el estilo del tiempo, bribones. Todos juntos formaron una multitud de cien mil hombres armados, unos de espadas y puñales, otros de hachas y garrotes, y en fin, de todo cuan-

(1) *Matt. Par.* pag. 713.

(2) *Id.* pag. 710; *Nang. Chron.* tom. 6, *Spicil.* pag. 538.

to la precipitación y el entusiasmo podían convertir en instrumento de muerte. Jacobo y aquellos subalternos suyos que despues de él se hacían llamar maestros, se echaron á predicar, aunque legos, y anunciaban muchas extravagancias, con frecuencia contrarias á la fé. Mas cercados de los mas bien armados de sus parciales, estaban dispuestos á quitar la vida á cualquiera que osase contradecirles. Pretendían ellos perdonar los pecados y hacían los matrimonios á su antojo. Declamaban contra los eclesiásticos y los religiosos, sin perdonar á los frailes predicadores ni á los menores, que entonces eran los mas venerados. Calificaban á los obispos y á sus oficiales de gentes insaciables de oro y sumergidos en el regalo. Respecto á la Santa Sede, no se libraba de sus odiosas invectivas (1251).

De los Países Bajos donde habían principiado á reunirse entraron en Francia, y engañada la regenta al principio por su fingida sencillez y con la esperanza de procurar un socorro al rey su hijo, no les opuso el menor obstáculo. Supieron ellos servirse de esta ocasión, pretendiendo justificar su conducta con la ninguna oposición que habían experimentado en Paris, donde, decían, reinaba la sabiduría. Esta falsa integridad recibió un solemne mentís con su licencia desenfrenada en ejercer el pillaje y toda suerte de violencias. Predicando Jacobo en Orleans sus extravagancias ordinarias, se le acercó un escolar y le dijo: «tú has mentido á los incautos, infeliz seductor herege.» Apenas hubo pronunciado tales palabras, cuando uno de los pastores le abrió la cabeza con una hacha. Dirigiéronse al punto con furor contra los eclesiásticos, rompieron las puertas y ventanas de sus casas, y asesinaron ó arrojaron al Loira hasta veinticinco.

Al saber la reina esta noticia, confesando con modestia que había sido sorprendida, los hizo denunciar por excomulgados,

y dió sus órdenes para perseguirlos militarmente. Cerca de Bourges los alcanzó el pueblo de esta ciudad, y hallándose Jacobo predicando con su insolencia de costumbre, un matarife le quitó la vida de un hachazo que descargó sobre su cabeza. La multitud confusa é indisciplinada que le seguía se dispuso bien pronto, y por todas partes los acosaban y golpeaban como á animales dañinos. Algunos de ellos que lograron escaparse, pasaron á la Gran Bretaña, donde aborrecidos de todo el mundo se sublevaron contra el que los conducía y le hicieron pedazos. Muchos tomaron luego la cruz seriamente, guiados de un espíritu de penitencia, y caminaron á Palestina al servicio de San Luis. Así acabó esta secta de entusiastas, mirada por los sábios de aquel tiempo como la mas peligrosa de cuantas habían aparecido despues de Mahoma. Su ruina fué una de las últimas acciones de la reina Blanca, la cual murió en Paris al año siguiente (1252). Antes de espirar hizo llamar á la abadesa de Maubuisson, monasterio del orden cisterciense que ella había fundado en Pontoise (1242), recibió el hábito é hizo profesión en sus manos. Despues de su muerte fué trasladada á aquella abadía donde había elegido su sepultura.

En el propio año San Pedro de Verona murió mártir, como él lo deseaba, y á lo que se preparaba hacia ya mucho tiempo. Nació de padres hereges en la ciudad cuyo nombre tiene el Santo: mas guiado por la gracia del Señor que le había marcado con el sello de los escogidos, desde la primera infancia, bebió en las escuelas una fé pura y firme, de la cual nunca pudieron separarle las instancias de sus deudos. Con igual fidelidad resistió á las tentaciones impuras que tuvo que combatir en los años siguientes. Pero para guardar eternamente un tesoro tan precioso, como frágil es el vaso en que le llevamos, entró á la edad de quince

ó diez y seis años en la orden de frailes predicadores que Santo Domingo aun gobernaba. Hizose célebre en ella por el ministerio de la palabra, principalmente en Lombardia, infestada de continuo con la heregía de los nuevos maniqueos. Su celo y su capacidad hicieron se le confiase el cargo de inquisidor en Milan. Obró infinitas conversiones, y se adquirió no menos enemigos, pues los hereges obstinados ardian en furor al ver debilitarse cada dia su partido; pero cuanto mas inminente era el peligro que amenazaba á su vida, tanto mas se enardecian sus deseos de ser mártir. Cuando celebraba el Santo Sacrificio, su oracion ordinaria á la elevacion de la Hostia pura, era pedir á Dios morir por la fé. En fin, conoció que habia sido oida.

El Domingo de Ramos, 24 de marzo, predicando en Milan á un auditorio inmenso, compuesto de ocho á diez mil personas, dijo con voz muy elevada, que sabia de seguro que su muerte estaba resuelta por una cuadrilla de conjurados. Acabado el sermón no dejó de volver pacíficamente á Como, donde se hallaba entonces de prior, y llegó á aquella ciudad sin la menor novedad. Pero habiendo vuelto á salir el sábado despues de Pascua, 6 de abril, le alcanzaron en un bosque dos malvados asalariados, que le mataron á puñaladas y á golpes con una podadera, sin que hiciese el mas leve movimiento para evitar los golpes. Encomendóse pacíficamente á Dios, é hizo con la boca y con el corazon la profesion de aquella fé por la cual daba su vida. Su cuerpo fué conducido á Milan, y enterrado con grandes honores en la iglesia de su orden (1252). En el año siguiente, despues de las informaciones oportunas acerca de los milagros que habia obrado en vida y despues de su muerte, estando el Papa en Perusa, á presencia de una numerosa multitud de eclesiásticos y seculares, le puso solemnemen-

te en el número de los Santos. Uno de los mas famosos entre sus milagros fué la conversion de uno de sus asesinos llamado Marin, el cual entró en la orden de su santo bienhechor en calidad de fraile converso y acabó en ella santamente sus dias.

En el año 1253 la Iglesia militante suministró tambien dos ilustres ciudadanos á la celestial Sion. Santa Clara, despues de una enfermedad de estenuacion que la duró veinte y ocho años, recibió en fin la recompensa de su pureza evangélica, de su fidelidad en observar y procurar la observancia de la regla de su santo padre Francisco, particularmente en lo respectivo á la pobreza perfecta; y en fin, de los tormentos voluntarios que su austeridad no cesó de añadir á los de sus enfermedades (1). Traia bajo de su hábito grosero un cilicio de clines de caballo ó de cerdas de puerco; dormia en el duro suelo ó sobre un haz de sarmientos, teniendo un leño por cabecera. Sus ayunos igualaban á sus demas mortificaciones. Su oracion era continua y tan poderosa para con Dios, que producía algunas veces en los ánimos unos efectos mucho mas prodigiosos que la mudanza de las leyes exteriores de la naturaleza. Habiendo acometido á la ciudad de Asís las tropas del emperador Federico, compuestas en parte de sarracenos, y escalando ya los mahometanos los muros de las religiosas, la santa abadesa, moribunda como se hallaba, se hizo llevar con la Santa Eucaristía á la puerta del monasterio. Postóse allí, y dijo con lágrimas: «¿sufrireis, Señor, que estas vírgenes, que solo respiran vuestro amor santo, sean abandonadas á los infieles impuros?» Dichas estas palabras, los sarracenos, como si los hiriera un rayo, se precipitaron de los muros á donde ya ha-

(1) Sur. ad 12 Aug.

bían subido, y todos se pusieron en fuga. Al otro dia de San Lorenzo, 11 de agosto, espiró, despues de haber recibido la visita y bendicion pontifical del Papa Inocencio.

San Ricardo, obispo de Chichester, murió en Douvres en el ejercicio de todas las funciones apostólicas (1). Sin limitarse á la predicacion de la cruzada, cuya comision habia recibido del Papa, exhortaba á los pecadores á penitencia, confesaba, confirmaba, administraba los santos órdenes, hasta que el trabajo y la enfermedad le rendian enteramente. Fué vivamente perseguido por el rey que le impidió por mucho tiempo posecionarse de su Silla, á causa de su antigua adhesion á San Edmundo, arzobispo de Cantorbery. Se vió reducido á no poder subsistir sino por la caridad de aquellos que tenían la bondad de alojarle y darle algun alimento. No dejaba sin embargo de hacer sus visitas, y cumplir con todas las funciones episcopales y sacerdotales, no solo con firmeza sino tambien con alegría. Viendo un dia á sus canónigos muy afligidos por su suerte, «¿echais en olvido, les dijo con semblante risueño, que los Apóstoles se complacian en sufrir ultrajes por el nombre de Jesucristo?» Tan grandes penitencias practicaba que sus amigos se vieron con frecuencia obligados á hacerle una especie de violencia para que las moderase. A pesar de lo que habia padecido su iglesia y su fortuna, hacia limosnas prodigiosas; y como su hermano, á quien habia encargado del cuidado de sus rentas, le reprendiese sobre esto, contestó: «¿es justo que nosotros comamos espléndidamente en vagilla de oro ó plata, en tanto que Jesucristo padece hambre en sus pobres?» Luego añadiendo á la caridad el mérito mucho mas raro de la modestia y acordándose de la medianía de su nacimiento; «que me hagan comer en tierra,

prosiguió, á ejemplo de mi padre; y si e menester que se venda hasta mi caballo.»

Por último, llegó á Palestina la noticia de la muerte de la reina Blanca. El legado á quien fué dirigida se encaminó á encontrar al rey con su guarda-sellos y su confesor, y le dijo que tenia cierta cosa secreta que comunicarle á presencia de aquellos dos hombres de confianza. Mandólos el rey pasar desde su cuarto á la capilla de palacio, y oyó de boca del legado lo siguiente: «Príncipe, dad gracias á Dios por los beneficios de que os ha llenado su mano liberal desde vuestra infancia, y en especial de haberos dado una madre que os ha educado tan santamente y que ha gobernado con tanta sabiduría vuestro reino (1).» Las lágrimas y suspiros del prelado, antes que sus entrecortadas palabras, anunciaron lo demás. El rey lanzó un gran grito, y derramando luego copiosas lágrimas se puso de rodillas delante del altar, y con las manos juntas dijo: «Señor, os doy gracias por haberme dado temporalmente una madre tan buena: veo que fué un empréstito el que me hicisteis, y le habeis recogido cuando ha sido de vuestro agrado. Yo la amaba mas que á ninguna criatura mortal, y ella era muy digna de mi amor. Mas dado que así lo quereis, sea vuestro nombre bendito por siempre.» Detuvo á su confesor y rezó con él todo el oficio de difuntos, sin que el dolor le hiciese cometer la mas leve falta de pronunciacion. Estuvo luego retirado en su cuarto por espacio de dos dias sin hablar á nadie. Mandó celebrar los oficios y una infinidad de misas; oyó una cada dia particularmente por la intencion de la difunta, todo el tiempo que permaneció en Palestina, y envió á las iglesias de Francia tanta multitud de piedras preciosas, que segun los

(1) Boll. tom. 9, pag. 280.

(1) Duchesne, pag. 437.